

ANTONIO GARCIA VERDUCH

## *El insufrible silencio*

**L**as emisoras de radio, enmudecidas voluntariamente durante un solo minuto, nos han sumido en el desamparo y en la orfandad. Un minuto muerto. Un minuto que ha languidecido al ser privado de la savia de las ondas.

¡Cómo es posible que hayamos podido sobrevivir a la cruel privación del oxígeno de la comunicación! Durante un eterno minuto nos hemos sentido desfallecer, como si en el lecho del dolor nos hubiesen desconectado de los tubos de plástico que transportan la vida.

Hasta que enmudece la radio no se sabe lo que es el verdadero silencio. Cuando enmudecen los pájaros, y callan las hojas de los árboles agitadas por el viento, y calla el agua tumultuosa del arroyo, es la naturaleza próxima la que calla. La radio se asoma al espacio lejano y, por tanto, cuando calla, es el Cosmos el que calla.

Ahora bien, detrás de la radio no solamente está la vibración cósmica, sino también el latido humano y, por tanto, cuando enmudece la radio, se quiebra la fibra de la voz humana, y se rompe el sutil enlace que une un cerebro con otro cerebro. Cuando

ésto ocurre, se interrumpe el proceso de alimentación de uno de ellos con lo que piensa el otro.

La radio es una gran máquina que bombea ideas, y las hace circular, y luego las vierte en los oídos de los oyentes - que actúan como embudos - para que, desde allí, se trasladen a sus cerebros.

La radio permite la comunicación de una persona con otra, a través de las ondas, pero esa comunicación es muy singular, porque siempre es una la que provee las ideas, y otra la que las recibe. Una diseña el menú y elabora los alimentos, y la otra, simplemente, abre la boca y los deglute sin masticar. La comunicación de la radio es unidireccional, y siempre circula desde un polo activo a otro pasivo. La comunicación en sentido inverso, es decir, de oyente a emisora, es breve, puntual y estadísticamente insignificante.

¡Qué cómodo es conectar el aparato de radio y recibir, al instante, un chorro de ideas, ya elaboradas, que pueden ser nuestras con sólo aprehenderlas! ¿Para qué vamos a pensar nosotros, cuando otras personas se molestan en hacerlo, y nos sirven a domicilio, gratuitamente, el

fruto de su pensamiento?

Este sistema tiene una ventaja evidente, que es la comodidad, pero tiene unos inconvenientes que no debemos ocultar. El primero de ellos es, que en nuestro cerebro pueden formarse telarañas, por falta de uso. El segundo es que, a fuerza de hacer nuestro día a día, lo que brota en otras mentes, renunciamos al pensamiento propio, y nos convertimos en meras figuras de ajedrez, movidas por manos desconocidas. Y, el tercero, es que el alboroto permanente que produce en nuestro interior la catarata radiofónica, nos roba la paz y el silencio que necesitamos para cultivar nuestra propia intimidad intelectual.

La comunicación, en ambos sentidos, entre dos personas - como la que se produce durante una conversación sosegada - estimula la actividad intelectual de una y otra, y las dos se enriquecen.

Ahora bien, si la comunicación actúa en un sentido único, se convierte en arma de dominio sobre la mente, que, además, crea adicción en el dominado. Y es bien sabido que, cuando hay adicción, puede haber síndrome de abstinencia.